

## DE LA FABLA CABALLERESCA

---

Señores:

Cuando pesa sobre nuestra imaginación la balumba de cien historias y leyendas; cuando las lecturas de los primeros años han dispuesto de tal manera nuestra fantasía que las cosas preséntanse en trance de sublimidad; cuando las empresas son tan considerables que rayan en lo ideal y extraordinario, entonces nuestros sentidos parece como que quieren acomodarse también a la medida de las cosas y nuestra vida emocional se predispone de tal suerte, que la misma realidad se transforma, se engrandece, se hace fantástica.... Las vidas ya pasadas que dormitan en el fondo de lejanas conciencias, anímanse de pronto, cobran gestos, posturas..... Condición milagrosa! Las emociones que tuvimos en la infancia, atan y recomponen los fragmentos deshechos. Y sobre esa reconstrucción ideal, planea el recuerdo en lentos vuelos. Entonces las cosas más humildes al contacto de nuestra simpatía de tal modo exaltada, se espiritualizan. Toman forma visionaria. Cada rincón que evocamos, cada vestigio del pasado, tiene para nuestra alma unas palabras recónditas, inefables. Los lugares por donde transcurrieron aquellos sucesos extraordinarios, la llanura parda y rígida, los pueblos igualmente pardos y rígidos, los rincones húmedos, los escudos de piedra desportillados, los torreones derruídos, todo tiene alma, todo adquiere virtud evocativa. Hablóseme de venir ante vosotros para rezar cosas de ia

intimidad común junto al viejo libro inicial y acepté conmovido, pensando que a estas horas el recuerdo uniforme estaría vibrante en el corazón de la raza y a lo largo de todo un pueblo, con la vibración potente de un bronce que permanece sonando largo rato en el centro del día.

Acaso un dejo melancólico fúguese entre la sonrisa y haga empalidecer las rosas de la ofrenda perfumada con sol antiguo. El bello pasado, aquel tiempo bravo, fosco, fiero, en que unos hombres audaces y obstinados querían ensanchar su patria y su fe más allá de la llanura, sólo se escucha tácito en las villas oscuras donde los condes armaban sus mesnadas. Parece como si para siempre hubiera pasado. Se van borrando las últimas huellas... Y he pensado con honda tristeza en aquellos relatos de que hablaba, poblados de hechos barvos, bellos, felices. Y he visto que aquellas grandes sombras, al marcharse, dejaron las ciudades vacías... Y he soñado que miraba aquellas casas viejas, que tenían grabados sobre sus portales los escudos nobiliarios y ante aquellos blasones rotos, polvorientos, abandonados, me ha cubierto una ola de recuerdos sentimentales, porque ellos timbran la casa de los mayores. Aquellos escudos estaban allí, ostentando las empresas y divisas de otras gentes, de otros siglos extraños. Los blasones permanecían fijos, indemnes, pero el espíritu que los creó se había ya desvanecido. Hablaban todavía de gloria, de orgullo, de nobleza, pero los hombres que los sustentaron, acaso no volvieron ya más. Los cuarteles tenían aún grabados fieramente aquellos emblemas de grandeza: castillos, leones, águilas, espadas, yelmos, flores de lis, corazones, manos abiertas... Pero sus dueños ya no estaban allí, ni podrían enseñárselos a sus hijos altanaramente. En los mismos portalones anchurosos, donde en un tiempo esperaban los corceles, bullían los pajes y ladraban los lebreles, veíase ahora el utilaje de los traficantes o la grieta impune de los abandonos. En los rincones, los yelmos avergonzados, como dando vueltas al mundo de hoy en donde va revuelto todo: lo verdaderamente noble con lo verdaderamente plebeyo! Soñaba

con otros hombres y con otros siglos. ¿Por qué nosotros — hombres actuales — a veces los vemos a manera de cosas oscuras y tristes, foscas y confusas? ¿No era la vida más clara, más sencilla y también más risueña? Espesos de incertidumbre, carcomidos de duda, fluctuamos entre un pasado que agobia y un porvenir que angustia. Los hombres de ayer no tenían sino dos términos concisos: Dios y el honor. Sus vidas eran más sencillas puesto que poseían un sentido concreto, sintético, de las cosas. En dos miras ponían su ideal: servir a Dios y servir al honor caballeresco. Servicios tocados igualmente de desinterés. Sirviéndoles lealmente, podían mirar de cara a la vida. Acaso con más serenidad, con más alegría que nosotros, hombres que llevamos el hábito de negar, hasta negarnos a nosotros mismos. La idea del honor — refiérome a la idea, no en su contenido intelectual sino en su finalidad trascendente, en su energía y en su dirección — podía suplir a todas las grandezas y a todos los placeres. Ser noble, tener un blasón, un nombre limpio, una espada, bien valía — para aquellos caballeros, sufridos y corteses — toda la potestad del oro! Sentirse noble, superarse en nobleza a cada día, a cada generación; obrar con orgullo y con valor y con bondad, — ya que la verdadera bondad no es el precio de los débiles sino la florescencia de los fuertes —; poder mirar a todos los hombres de frente y por ley de estirpe, de naturaleza; ser noble, en fin: de cuerpo, de alma, de progeie, de corazón, y ser noble siempre y en todos los actos y sentir la dignidad de su nobleza a todas horas. . . . En verdad que aquellos hombres habían simplificado y enaltecido la vida hasta su máximo grado! Tenían también el culto de la espada. La heroica, la bella, la terrible espada de la tradición! La espada antigua y remota, amiga del guerrero, que se burlaba de las armas arrojadas y corría a buscar el pecho del enemigo. Aquella de que se armaban los guerreros de Homero. Arma varonil, arma valerosa, arma noble, arma leal, compañera de los hidalgos, amparo del juramento habitual, símbolo de nobleza, de defensa, de libertad; arma fiel con la que los

caballeros se acostaban sobre sus sepulcros de piedra y tenían cogida de las manos como joya que ni después de muertos quisieran abandonar. Entonces cada hombre era un corazón, cada soldado un paladín. Era entonces cuando surgían capitanes desde el fondo obscuro del terruño. Y como era pequeño para sustentarse, se marchaban por rutas fabulosas. Y conquistaban mundos y llevaban como un desbordamiento de belleza y fecundidad. Pero todo aquello se acabó. Ya no salen capitanes desde el fondo cada vez más obscuro del terruño. Ya no surgen individualidades, voluntades fuertes, héroes civiles. Parece como agotado el veje solar castellano. La tierra se cansó de engendrar y reposa. La raza se achicó y se fué repliegando hacia lo escondido del hogar, hasta quedar en las lindes de su modesto predio. Sin embargo el ambiente natural es el mismo. Tiene allí la tierra una fuerte expresión de personalidad. Presiéntese que de un momento a otro aparecerán en un repliegue del campo las mesnadas de los conquistadores, la lanza formidable del Cid. Si en la línea amplia y larga de un collado, recortado en la atmósfera seca y diáfana, se colocase un hombre a caballo, con lanza y pendón y armado de hierro, el hombre aquel parecería colocado en su justo lugar. Los versos del romancero andan como sueltos por el aire aquel. Por los caminos rectos, vacíos, largos hasta el horizonte, se espera ver a cada instante la figura de un héroe castellano.

Ante la inevitable comparación se entristece el recuerdo. Para sentirnos inundados de gloria preciso es tender muy lejos la mirada, evocar las grandes sombras lejanas, los varones enérgicos de otra edad: el Cid, Pizarro, Loyola, Don Quijote.... símbolos, todos, de virtudes desaparecidas.... (Adviértase que somos españoles por el corazón y por la raza). España era un pueblo cuyo impulso debiera haberle llevado más lejos todavía. Concluyó temprano su carrera, porque dejó de ser ambiciosa y descuidó el ideal. Pueblo que no ambiciona ni idealiza, deja por ese solo hecho de vivir como tal. Tenía fuerzas no obstante para una

empresa más larga. Sin embargo. . . . . quién sabe? acaso entre la ceniza esté ahora operándose el milagro de una resurrección!

---

Hace más de trescientos años — en una perdida aldea de la Mancha —, un hombre sobre quien había batido las alas grises de la vejez, sentado al borde de la ruta larga y miserablemente andada, al declinar de su vida doliente, escribe el dulce poema vespéral, el libro que hoy, de un extremo a otro de la tierra, los adolescentes deletrean y los viejos releen; el libro amado por igual de mundanos, de filósofos, de sedentarios, de poetas. . . . El viejo caballero, al evocar su vida, hace surgir todo un mundo limpio y vivo. La ironía y la piedad se confunden cabe una misma sonrisa. Prejuicios, entusiasmos, groserías, magnanimidades, ridículos inverosímiles, alegría y dolor, cobardía y valor, canciones y llantos, todo el drama y la comedia de los hombres se agitan, viven. . . . El verbo se hace carne una vez más. La obra maestra remonta el vuelo de la eternidad, aparezca donde aparezca; ya sea cerca de los golfos divinos donde el rapsoda ciego celebra la pérdida de Ilión, ya sea en ese pobre pueblo de la Mancha, en esa aldea oscura de Argamasilla, donde el gran manco, vencido por los años y la necesidad, descubre sin embargo a lo largo de las rutas desiertas, sobre el perfil de las sierras, bebiendo el agua parsimoniosa de los torrentes castizos, durmiendo al mal abrigo, al caballero de la triste figura y a su záfio escudero. Acaso ningún otro libro le supera en belleza. Nada en melancolía. Más de lo que alegra entristece. Comienza por hacer sonreír y concluye por hacer meditar. Tal vez por lo que sabemos de la historia lamentable, identificamos al héroe de la imaginación con el mismo que lo engendró. Y adivinamos los sufrimientos, la amargura, la suprema resignación del poeta mutilado, miserable y cautivo, que ya mendigando, ya dándose a negocios sospechosos que más cerca le pusieron de la prisión que de la holgura, levantó desde el fondo mismo de su vejez el monumento maravilloso.

Mala ventura le siguió al nacer. La historia eterna de las obras eternas. Ofrecen estas en su aliento poderoso y cordial, algo de áspero que siempre desconcierta. Como decía Flaubert, es el amargor de los vinos añejos, la sal de las olas. El mismo Bouvard et Pecuchet — monumento de las letras contemporáneas — digno de recordarse a la par del Quijote, todavía es para muchas gentes un libro ilegible.

Para los contemporáneos de Cervantes se trataba apenas de una figura grotesca. Y era una cantera insospechada. El mismo descubridor no conoció las ramificaciones de la veta. Más justa con el héroe que sus contemporáneos y que el mismo Cervantes, la Europa moderna dió al Quijote su sitio verdadero, reconociendo en él un momento de la historia española, una etapa del pensamiento individual y colectivo, el idealismo desenfrenado de España donde la misma llama abrazaba a las almas violentas, esa locura lúcida que no es posible sino en España, en el siglo XVI, en el preciso sitio donde el artista la situó. Cuando Cervantes quiera escribir su claro análisis de la locura que razona, no hará más que mirar en torno de sí. Encerrado y razonando en el refugio lugareño, entre las habituales chanzas del cura, la admiración fingida del barbero y los proverbios de Sancho, no es menos loco el hidalgo que los penitentes de Madrid. Ha perdido de pronto toda noción de la realidad. Ha revivido las canciones de gesta, el ciclo de la Mesa Redonda, las aventuras de los Doce Pares y de Galaor. Viejo, pobre, feo, caballero en escuálido rocinante, llevando por casco un mamotreto y por escudero un labrador, pasea su sueño de justicia por las fragosidades de la sierra o por la soledad de la interminable llanura manchega. Combate a los rebaños, embiste a los molinos, toma a las marionetas de Maese Pedro por las huestes de Carlomagno o de Rolando. María Tornes la fregona —, a quien Florian convirtió en Maritornes, cuelga al desgraciado héroe en el sobradillo de su granero. Los yangüeses le prodigan palos, y cuando quiere rematar empresas de liberación obtiene como premio insultos y burlas. Pero a él nada le importa.

Como observa Tallhade, este lunático es un perfecto gentil hombre. Su entusiasmo le preserva del desfallecimiento, y su cortesía le impide caer en el ridículo. Errante en sus sueños, nada sabe de la burla ni del desamparo que le rodea. De tanto mirar al sol, ha quedado ciego para las cosas de la tierra. Una quimera de gloria, una aspiración infinita, un deseo de grandeza, llenan con sus representaciones deformes el alma del héroe. En aquellos magnánimos juegos, la voluntad crece, se exalta en desinterés y en orgullo. Vivirá en pleno anacronismo caballeresco, soñando únicamente con damas prisioneras libertadas por su mano, con cisnes de encantamiento, con selvas de Brocelianda o con reyes metamorfoseados en cuervos.

En el debilitamiento general que la opresión monárquica produjeron, la imaginación estrecha y violenta del castellano — dice Taine — se repliega en sí misma, y para evitar la fatiga huye hacia praderas alucinadas, se abandona al prestigio de los cuentos que engendra. Crea un mundo ideal, barroco, seductor, donde todo es belleza, armonía, dulzura, donde la hoja no sale de su vaina sino es para afirmar el derecho, y socorrer a las víctimas, donde infantas bellas como el sol duermen sueños mágicos en jardines encantados, donde extraordinarios aventureros derriban a los monstruos heráldicos... Esa complexión romancesca, esa necesidad de aventuras, arraiga tan hondamente en las costumbres de España que — como lo hace notar el ilustre cervantino Laura:it Tallhade — proporciona a ese profundo psicólogo Ignacio de Loyola los principios de una evolución religiosa.

Casi dos siglos antes que Cervantes, el archipreste de Hita inauguraba el género picaresco en las letras castellanas. Otro vasto mundo paralelo. Por él sabemos como vivían las gentes del siglo XIV en Castilla la Vieja. Otros ilustres escritores le siguieron, evocando aquella plebe singularmente característica del Renacimiento, que bebe, duerme y se agita en las fondas sucias, en los muladares repugnantes de Madrid, de Sevilla, de Córdoba.

El escudero de don Quijote allí ha nacido, de allí procede.

Guarda todo el aire y el sabor de aquel mundo picaresco. Pero no se crea en la antinomia circulante. Entre los lugares comunes con que se amasan las opiniones existe uno muy difundido que bien pudiera figurar en el diccionario que el grandioso encono de Flaubert levantó a la risible memoria de sus muy humanos Bouvard et Pecuchet. Observación vulgar que ha trascendido a la literatura y se ha encastillado en la docencia familiar, en la pedagogía política, en la enseñanza oficial y en la experiencia popular; observación que lleva a descubrir un conflicto perpétuo entre el sentido común y el espíritu soñador. En la pareja del romance, D. Quijote es símbolo de extravagancia, Sancho, tipo de razón. Y nada más. Y nada más. No se advierte que Sancho y D. Quijote son igualmente insensatos. El error de ambos de diferencia en la realización, conforme a sus distintos temperamentos. D. Quijote se sueña emperador de una Trebizonda inaccesible. Sancho, enfermo luego de grandezas, se orienta hacia las gruesas prebendas, hacia las gobernaciones bien rentadas.

Cuando el delirio se intensifica y universaliza, D. Quijote aspira a ser cardenal o Papa. Lo que Sancho estima en la mesa redonda son los manjares que pueden cubrirla. Cuando se le manda montar sobre Clavileño y desencantar a Dulcinea pide dineros al hidalgo para decidirse y aumento del rebaño. Aquel loco, aquella caricatura humana, aquel hidalgote flaco, seco, de rostro, ahumado, va paseando por sobre la tristeza de su destino — iluminándole en espejismos — el sueño imperial de su alto espíritu. Es un aristócrata. Por eso la muchedumbre se ríe de él y le persigue. El también persigue su ideal sin que las piedras le hieran, sin que las risas le ultrajen ni le desvíen.

En Barataria, el palurdo se afina. Piensa como hombre y a los que se burlan dá excelentes consejos. Sancho Panza triunfa. Rentado, importante, adulado, el pecho es úno, de insignias y cruces. Domina en la política y en el mercado. Sus proverbios adquieren fuerza de ley. Fustiga los abusos siempre que no llegue la hora de aprovecharlos. Se apoltrona. Toma empleados. Juzga, dic-

tamina, discierne palmas. Hasta escribe. Ha atado el asno a la noria y monta a caballo. Ha sido intérprete maravilloso de todas las bajas pasiones. Las ha domesticado para su servicio. Eso no es el buen sentido. Eso es el ruin sentido. Es otro equivocado. Es el gentilhombre de la estulticia!

El triunfo de don Quijote no es menos dulce ni menos glorioso. Aquel gobierna en los bajos y extensos dominios de Caliban. Prolonga en el mundo la miseria, el encono, la grosería y la rapacidad. Este, — caballero voluntario del Derecho y de la Justicia — es menos insensato que el otro; es el que en verdad va haciendo la civilización. La ciencia sutil de Próspero se alimenta de sus utopías. Despreciado y pobre, es el único que al fin triunfa. De siglo en siglo, de generación en generación, de prueba en prueba, va conquistando gloriosas charreteras. Hoy una guerra, mañana una injusticia, ayer una monstruosidad, no importa! No importa que la Humanidad dé tumbos. Es la condición de la ola. Si él no fuera, el mundo no sería. Marca — en la expresión de Rodó — “el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en los hombres tenaces vestigios con el cincel perseverante de la vida”.

Todas las conquistas permanentes de la civilidad, él las ha arrebatado. El mismo prodigio del desarrollo industrial y mercantil que congestiona al mundo, ha nacido en tierras de fantasía, ha germinado en la mente de generosos utopistas. La vida es flor de un proceso de solidaridad. Y la solidaridad es fruto de desinterés, de voluntad, de equilibrio total, de heroísmo anónimo y colectivo, de fecundidad. Si queréis, es un armonioso egoísmo. Pero el mundo no debe absolutamente nada al torpe, al miserable, al clásico egoísmo. Vano es entonces hablar despectivamente del espíritu quijotesco. Quijote no ha muerto. Quijote vive. Alienta por el mundo. Su campo de Montiel—su teatro—se hace cada vez más extenso. Va llenando la tierra. Si sus hazañas son hoy más silenciosas que antaño, sin embargo le hemos de ver un día sin la pobre armadura, brillando bajo un sol rotundo, todo de oro: yel-

mo de oro, coraza de oro, adarga de oro, lanza de oro, todo resplandeciente de oro!

Esa lanza irrisoria que se rompía al golpe de los alabardeiros del camino, sobre las aspas de los molinos, será una reliquia bienhechora porque siempre fué blandida en favor de los indigentes y de los oprimidos. Fué en la mano de su dueño la defensa del pobre, el consuelo de los que aquí en el mundo no tienen amigos ni protectores.

El terrestre caballero de la ilusoria Dulcinea ha conquistado para ella una eternidad de esplendor. Ha conocido la delicia de amar sin pasar por las servidumbres de la sensación primitiva, ha comprendido que más allá de lo que cae y perece, más alto que la vida, más tenaz que la misma voluptuosidad, sobre las esperanzas y los odios, triunfa la verdadera juventud, la juventud inmortal: "el amor de amar!"

DEODORO ROCA.

---